

Letras

EL GRAN DICCIONARIO CHINO DE TAICHUNG

No es ya un secreto, aunque sea todavía un hecho no bastante conocido, apreciado y enfocado por nuestra conciencia de colaborar, el que 20 jesuitas y 15 seculares chinos, todos calificados para trabajo tan delicado de lexicografía, hayan podido llevar a cabo la redacción de un gran diccionario bilingüe de la lengua china con parte correspondiente en español, inglés, francés, latín y húngaro, de manera que la revisión, en curso, forme un bulto de material para cada idioma, que abarca 30.000 páginas, de tamaño 20 x 30 cms., llegando al espesor de 1,50 mts. en papel delgado.

Nuestros días conocen hazañas lexicográficas: hace poco, el 2º Congreso de las Academias de 22 países de habla española se ha reunido para realizar sueños grandiosos, que van a superar el fruto del trabajo de lexicógrafos tan eximios, como son Grimm, Littré, P. Robert, Murray, Ushakoff y otros, que con competencia excepcional dirigen la redacción del famoso *Thesaurus Linguae Graecae*, del *Thesaurus Linguae Latinae* y del *Dizionario Italiano Enciclopédico*. El mundo español espera con mucho interés el resultado de tales esfuerzos gigantes. En la sombra de los "inmortales" de las Academias, el equipo de Taichung, dirigido por el jesuita español, Juan Goyoaga, es modesto. No es, sin embargo, una pura coincidencia, sino que nace de la lógica de la historia, la simultaneidad

de empresas filológicas, con inclusión del gran diccionario árabe-español, cuyo redactor es el ilustre jesuita español, R. P. Pareja, quien con su *Islamología*, publicada en varios idiomas, mereció elogios unánimes. El espíritu humano, sea en un ambiente cerrado de hermandad lingüística, como es el caso con las Academias reunidas en Madrid, sea en dimensiones de ciclos culturales, está buscando los medios de comprensión recíproca, —cuales son sin ninguna duda los diccionarios—, que satisfagan a las exigencias modernas de cabalidad en todos los sectores, históricos y actuales, de la expresión espontánea y de la necesidad de comunicarse con los demás. La tendencia no es la vanidad de superar a los otros, sino el ultimatum de la hora presente para superarse a sí mismo o desaparecer en las lejanas nieblas del olvido parcial o general. Lo mejor es enemigo de lo bueno: es un proverbio, que en nuestro caso disfruta de interpretación cristiana, e indica el ritmo que nos pone al tanto de los adelantos más naturales, cuales son la lengua y el lenguaje, medidas de cultura y civilización.

La técnica moderna ha logrado una perfección capaz de superar las distancias geográficas; pero, al mismo tiempo, llevó los gérmenes de disgregación al seno de las naciones, porque produjo la psicosis de angustia por la presencia de enemigos reales e imaginarios, creando telones de acero y de bambú, como reacción defensiva. Para hacer creer a los hombres, que por el progreso no nos merodean necesariamente enemigos "marcianos" o "terrestres", toca a la filología cumplir con una misión de entendimiento y de paz. La filología, escudriñando, las estructuras de las lenguas y admirando su riqueza, proporciona la llave de las almas y abre las perspectivas de las culturas nacionales. Los modernos métodos de lexicografía, que no nos brindan los huesos de los vocablos, sino la carne y sangre viva en la unidad anatómico-psicológica, son los mejores medios para acercarnos con confianza. La lexicografía hoy hace un trabajo parecido al de los embajadores de antaño, que llegaron con regalos y distinciones para emperadores y reyes. La diferencia entre lexicografía y diplomacia es, que la lexicografía depone ofrendas florales delante del genio nacional, y solamente en el caso de méritos personales en literatura alaba a los individuos.

Esta noble finalidad dirige el trabajo lexicográfico del equipo de Taichung también. No hemos renunciado a

la esperanza de poder reanudar relaciones con el gran pueblo chino, no como mensajeros de un efímero imperialismo, sino como enviados del único Dios. A quien estudia debidamente el pasado del Imperio Celestial, del Reino del Centro, no escapa la importancia que había tenido la nación china. Va a jugar un papel muy importante en el futuro también, reconquistando las conocidas dotes de su moderación, sabiduría y equilibrio. El recuerdo de la invasión mongólica podría llenarnos de miedo: del miedo de una explosión, semejante a la que en la edad precristiana alcanzó las tierras americanas, dejando su huella en la composición de la sangre de los indios americanos; y en la edad cristiana, que gozaba de las consecuencias de la floración intelectual y moral más completa, arribó hasta el Danubio y solamente un caso de muerte pudo frenar la marcha de Asia más allá de Liegnitz. No queremos oír, en delirio, los relinchos de los caballos mongólicos en nuestras plazas. Pero esperamos llegar nosotros a las playas del Mar Amarillo y deseamos agasajar a los "amarillos" en nuestros países. Por eso, estamos sacrificando tiempo, energías y dinero, a fin de compilar el gran diccionario chino.

Algo sobre el idioma chino.

Cuando no tenemos ni siquiera una vaga idea de una cosa, decimos: "Eso es chino para mí". Decir "chino" significa reconocer la limitación de nuestras capacidades; significa una no siempre confesada admiración del idioma chino.

El chino es muy difícil. Misioneros con 40 años de experiencia diaria a veces hablan así: "Dios ha creado algo más difícil que la escritura china?" Los mismos chinos dicen, que su lengua es muy difícil. Los comunistas chinos, a pesar de su megalomanía imperialista, decidieron la simplificación de la escritura china. Hay tres tendencias. (a) La primera quiere todavía conservar las tradiciones; propone no romper con el pasado. Los protagonistas de esta tendencia forman la aristocracia intelectual con muy alto grado de cultura. (b) La segunda tendencia quiere imitar a los japoneses, que después de la segunda guerra mundial redujeron el número de caracteres chinos a pocos millares y los mezclan con su escritura nacional (katakana, hiragana). Existe ya una especie de "katakana" chino, con valores alfabé-

uticos y el número de sus elementos es tan reducido, que cabe perfectamente en el teclado de nuestras máquinas de escribir. No tiene mucha elegancia. No es muy práctico, asemejando más bien a las formas primitivas de nuestras escrituras runáticas o a las de los esquimales. Muchos chinos no quieren esta mezcla híbrida de caracteres y "katakana"; pero admiten, que el porcentaje alto de las palabras monosilabas no deja prescindir del uso de los caracteres más frecuentes, si queremos entender un texto chino un poco caprichoso. El pasaje al alfabeto romano podría crear mayor dificultad, que el empleo de los caracteres: porque muy probablemente nadie entendería un texto completamente romanizado. Se cita el uso posible de la palabra "li", que 50 veces repetida da la descripción de una caza de león. (c) La tercera tendencia quiere la reforma radical de la escritura china: es decir, la romanización total e inmediata. Los comunistas representan esta tendencia, que es muy favorable desde cierto punto de vista a sus ideas: pueden decir, que no el cadáver cultural del pasado feudalista es la garantía de la unión política, sino el amor a los ideales del comunismo; pueden prescribir el empleo exclusivo del dialecto pekinés, destruyendo muchos idiomas hasta ahora existentes; pueden dedicar mucho más tiempo a otros asuntos con el anhelo de doblar las singladuras del progreso occidentalista. Un bachiller chino debía conocer unos 9.000 caracteres y era todavía un ignorante, porque el gran diccionario K'ang-hi contiene cinco veces más caracteres, es decir, 45.000 y ya no sirve. Ahora un bachiller en la democracia popular debería conocer más bien las enseñanzas del partido; debería manejar las armas en vez del pincel; debería conocer las máquinas modernas y no los libros de los moralistas chinos, cuyas obras se utilizaban para aprender la composición de los caracteres.

Todo hierve en China. No sabemos, a dónde se llega. Lo cierto es, que la vida china se desarrolla según la pauta de dos ideologías y la China nacional no menos que la China democrático-popular está creando una multitud de nuevas palabras y frases. Quien mira los caminos del futuro con la intención de salvar lo mejor del pasado, como lo hacen los misioneros, no puede romper totalmente con la escritura china. Por eso, nuestro gran diccionario va a registrar, según sus componentes, los caracteres originales nu-

merados: unos 16-19.000. Va a dar la transliteración según el sistema reicodado de Wade; va a analizar los elementos gramaticales, clasificando pronunciaciões y sentidos. Se sabe, que en el chino un carácter, según su posición en el contexto, puede significar numeral, adjetivo, sustantivo y verbo. El mismo carácter imitando la estructura de la sociedad china, que estriba en los lazos de familia, tiene parentesco muy amplio y obedece a muchas normas fónicas. Este rasgo típico del idioma chino agrava la dificultad de la entonación, que con sus 5 elementos transforma en una especie de canto la conversación más prosaica.

Los caracteres chinos son pinturas de objetos. Un chino verdadero, cuando escribe, dibuja; cuando lee, guarda una exposición y al mismo tiempo canta. Tal vez ningún idioma exige el funcionamiento simultáneo y completo de todas las facultades humanas, tanto como el chino. No se puede aprender este idioma sin la asistencia continua de un profesor competente. Muchos empleados del servicio diplomático y comercial están en capacidad de expresarse tolerablemente, pero pocos (si hay algunos) saben escribir.

No sabemos, si el comunismo tendrá tiempo y fuerza para acabar con la cultura china, cristalizada en la escritura antigua, que dando la impresión de un montón de ladrillos muy elaborados, aseguró la existencia de formas literarias muy artísticas por muchos milenios. Si el comunismo hiciera lo que el helenismo ha hecho con la cultura y lengua del Egipto de los faraones, cambiando completamente las formas externas e internas del alma, nuestro diccionario sería no un sencillo instrumento de trabajo, indispensable en estos tiempos de transición, sino un monumento histórico. Solamente los sabios del cercano o lejano porvenir podrían estimarlo de modo digno: porque podrían descifrar con su ayuda la literatura de un gran pueblo. Los que se han ocupado de las culturas y lenguas del Cercano Oriente, saben, cuánta importancia ha tenido la campaña de Napoleón para resucitar estas lenguas y culturas; saben también, cuántos quebraderos de cabeza significaba el desciframiento de escrituras antiguas, como son los jeroglifos de Egipto y la escritura cuneiforme de los imperios entre el Tigris y Eúfrates, desde los sumeros hasta los asiro-babilonios. Si Champollion, P. Scheilhé, Sr. Rawlinson, Sr. Dhorme y otros hubieran hallado un diccionario tan completo de aquellos

idiomas, como será nuestro diccionario, ya habríamos podido leer y transcribir muchas bibliotecas y podríamos juzgar también los datos bíblicos con mayor acierto.

Es verdad que el Harvard Yenching Institute está también trabajando sobre un gran diccionario histórico. Pero es una cuestión delicada cuándo se termina una empresa tan inmensa. Además, el intento del dicho instituto no es aunar lo práctico con lo científico en una síntesis internacional de varias lenguas occidentales. Por eso, para tener informes sobre cosas de la China, va a servir nuestro diccionario con su triple llave bien arreglada, y con su doble sistema moderno: numérico y alfabético.

Algo sobre el origen del gran diccionario chino.

La historia de un diccionario es tal vez una de las cosas más aburridas. Sin embargo, es menester decir algo sobre este asunto también.

Ya hemos mencionado la dificultad inherente al aprendizaje del idioma chino. No es una calumnia decir, que no todos los misioneros hablaban bien esta lengua. No debemos exagerar el grado de ignorancia, ya que no era su culpa. Las circunstancias obligaron a los misioneros a que se lanzaran en seguida al trabajo del apostolado. No tenían tiempo para estudiar la lengua. Más triste era un cierto separatismo entre las diversas zonas de las misiones católicas, con la consecuencia de usar terminología religiosa diferente e imperfecta. Hacía falta un diccionario de términos religiosos, como es el nuevo diccionario de Martín en francés. Antes de que la larga guerra estorbara toda actividad en favor de la armonía católica, una comisión comenzó a compilar un diccionario adecuado a las inmediatas exigencias del renovamiento religioso. No llegó más allá de la letra C. El Padre Eugenio Zsámár, S. J. para su uso personal y para ayudar a los principiantes, compuso un diccionario religioso, con varias columnas de lenguas, cuando escribía su tratado de teología ascética de 8 volúmenes. El mismo padre vió la necesidad de publicar un gran diccionario, porque los diccionarios bilingües eran insuficientes por su contenido y por su sistema; además, no daban los términos religiosos, menos aún los términos científicos modernos. En este punto las casas editoriales chinas daban mal ejemplo, usando su propia terminología

distinta para señalar las mismas cosas.

El P. E. Zsámár, S. J. compró todavía en Pekín muchísimos diccionarios: chinos y europeos. Los gastos de Pekín y el viaje para salir con las cajas de libros hacia Macau forma la primera etapa de la historia del gran diccionario. En Macau, con la ayuda de seminaristas y estudiantes de universidad, cortó con tijeras y pegó con cola en fichas cada palabra china con su definición, sacada de los tres mejores diccionarios oficiales de China (Kuo-yu ts'eutien, Ts'eu-hai, Ts'eu-yan) y con las traducciones correspondientes, sacadas de varios diccionarios (inglés, francés, alemán, etc.), de manera que cada palabra china se juzga según criterios muy completos y se elige el valor más seguro para nuestro diccionario. El arreglo de este material inmenso de 2 millones de fichas, según el orden numérico y alfabético era difícil, porque no se pudo usar la ayuda de IBM. La unión con el trabajo del P. A. Deltour, jesuita francés, quien soñaba con un diccionario analógico, constituye la segunda etapa del diccionario. Desde Macau se trasladó el material a Taichung (Formosa), en donde se organizó la "Casa de Escritores" de la Compañía de Jesús y se formaron los grupos de redacción, entre los cuales el principal es el francés, porque era más fácil encontrar colaboradores chinos para esta sección, que para otra; además los franceses tienen el mejor material filológico para el diccionario. Este período formosano, con su tiempo de redacción y de revisión (desde los años 1950, 1954), es la tercera etapa de la historia del gran diccionario.

Hacer un diccionario moderno, con la riqueza de 180-200.000 expresiones, combinadas de 16-19.000 caracteres independientes, es una tarea, que supera las fuerzas ordinarias de un hombre. Solamente la colaboración puede resolver los problemas, que surgen cada día. Una lengua no es un objeto inánime, sino un organismo vivo, con sus cargas eléctricas y detalles delicadísimos. Para trabajar con tales elementos se necesita mucha seriedad y muy buen humor. No falta ni el uno, ni el otro. Nosotros, que estamos lejos, mirando las novedades de los mercados de libros (Pekín, Moscú, Leipzig, Berlín, París, Londres, Nueva York, etc.), por medio de unas 50 bibliografías, hemos ayudado, indicando libros viejos y nuevos.

La discreción no permite, que se cuenten las aventuras de tales ayudas. Los libreros del mundo a veces hicieron cálculos con ganas de conseguir mucho dinero por cosas sin valor. Lo importante es, que la "Casa de Escritores" tiene lo mejor, lo más moderno, en cantidad suficiente para todas las secciones. Solamente las fuentes para consultas científicas son más de 200 libros. La mayor parte de los gastos pesaba sobre la dirección económica central. Cada sección lingüística consiguió sus propios libros también. El problema más difícil, que nos tocaba solucionar, era conseguir libros de los países satélites de la Unión Soviética, como era preciso para la sección húngara.

Algo sobre el porvenir del gran diccionario.

La trágica realidad no es el peligro, en que vive Formosa, sino la escasez de los medios financieros:

Trabajar con 35 personas por 8 años, consume mucho dinero, en sí mismo. La biblioteca, que crece continuamente, es tan preciosa, que un rico heredero podría estar contento de ella. La generosa contribución de bienhechores y bienhechoras, que a menudo prefieren la anonimidad, hizo posible, que atravesáramos estas etapas peligrosas.

El problema, que se asoma como una nube negra densa, es la publicación del manuscrito. En dos años debemos resolver este problema también. Cada parte de cada idioma va a costar más o menos 25-30.000 dólares americanos. Solamente la gran responsabilidad en el servicio de Dios y de la Humanidad puede darnos la humildad de mendigar esta suma fabulosa. Estamos persuadidos de que habrá católicos, que no nos olvidarán en el momento más crítico de nuestra empresa. Banqueros, gerentes de compañías petroleras, propietarios de fábricas, personas privadas ricas, viudas que en vísperas de su despido de este valle de lágrimas están buscando herederos, etc. pueden perpetuar su nombre con este gran diccionario, pueden asegurarse las oraciones de los trabajadores de la viña del Señor, pueden tener un billete de entrada en el Cielo, si no se les olvida la gran verdad: que las grandes obras son siempre frutos de colaboración, y Dios nos juzgará según el uso de los talentos recibidos.

ALEJANDRO BALOGH, S. J.